

DOMINGO XIX TIEMPO ORDINARIO (CICLO A)

El Evangelio siempre nos habla de la vida, de nuestra vida. Los apóstoles conocían bien el lago. Formaba parte de sus vidas.

En el evangelio de hoy se contraponen la paz de Jesús y el nerviosismo de los apóstoles, subidos en una barca que no logran controlar. Aquí descubrimos la diferencia entre la vida de fe y el creyente que es vencido por las circunstancias. Cuando descubren al Señor, la primera impresión es la de que es un fantasma.

Jesús les tranquiliza: «Soy yo, no tengáis miedo». Eso debería ser suficiente, pero Pedro pide una prueba y quiere caminar sobre el agua. Jesús se lo concede. Pero las ráfagas de viento son muy fuertes, y duda, y está a punto de ahogarse. Entonces surge una plegaria más profunda: «¡Señor, sálvame!». Y Jesús le tiende la mano y le recrimina su poca fe. ¿Qué le ha pasado a Pedro?

Quizá, admirado del prodigio, dejó de mirar a Jesús y se quedó extasiado viendo cómo su cuerpo, por una vez, no cumplía las leyes de la naturaleza. Quizá, como decía el cardenal Van Thuan, se fijó en las obras de Cristo, pero no en Cristo. Pero los signos están para ayudar a la fe, no para suplirla, y por eso Dios los dosifica convenientemente, porque si no fácilmente nos olvidaríamos de Él y nos quedaríamos con los hechos admirables.

¿Cuáles son mis miedos? ¿Cuáles son mis verdaderos temores? ¿De qué tengo miedo? ¿En qué tempestades me veo inmerso, que amenazan con hundirme?

Jesús mandó a Pedro caminar sobre las aguas también como signo de que nuestra vida ha de ser guiada por la fe. Incluso cuando parece que todo se hunde, nada es imposible para Dios. ¡Cuántas obras de la Iglesia se sostienen admirablemente en un equilibrio para el mundo inestable! ¡Cuántos matrimonios deben a su confianza en Jesús la firmeza de su amor y el bien de su familia! ¡Cuántos apostolados se llevan a cabo contra todo pronóstico sólo porque quienes están al frente no dudan lo más mínimo del poder del Señor!

Jesús me pide fe, que es confianza en su persona. Es la enseñanza más importante de este evangelio. Podemos quedarnos con la súplica de Pedro: «¡Señor, sálvame!». Si la decimos muchas veces, Jesús no volverá a quedarse solo en la oración y nosotros sabremos que, por grandes que sean las contrariedades, la barca de Pedro no corre peligro, porque Jesús está en ella.

Lo decimos en la Misa: “Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una sola palabra tuya, con solo una palabra que digas tú, bastará para sanarme, para arrancar de mi corazón los temores y los miedos que me paralizan”. “Señor, sálvame”.